

LA MEDICINA EN EL SIGLO XVIII

Por Antonio HERMOSILLA MOLINA

En el apasionante y sugestivo siglo XVIII, las Ciencias, en general, tienen sus peculiaridades propias y muy definidas, que, en el desarrollo el saber, le hacen poseer características singulares.

La Medicina, siempre, se ha visto nutrida, en su desarrollo y evolución, por lo que le han aportado otras ciencias y por lo que ella, en sí y por sí misma, se ha visto enriquecida en sus conocimientos. Una lucha, en suma, por conocer mejor al enfermo y poder solucionarle, con buena voluntad, con rectitud de intención, con un sustrato, si queremos, a veces, escaso y erróneo, el tremendo y angustioso problema de su enfermedad. Se puede no tener fe en la Medicina, pero nunca se perdió, se ha perdido o se debe perder, hoy más, la fe en el médico.

El tinte propio de la época le cae, como es natural, a la concreta rama del arte médico.

Si, por orden de importancia, eligiéramos qué fue lo primordial en la ciencia médica del XVIII, colocaríamos, en primer lugar, la importancia de la observación. Esta fue defendida también en otros tiempos, pero ahora, diríamos, seriamente. Los conocimientos que se podían extraer a favor de la causa médica, sería el producto de la observación del hombre enfermo.

Un coloso de la centuria, Boerhaave, como Hipócrates, creyó siempre más en la observación que en la argumentación. Y es principio e idea que insistentemente repite hasta incrustarla en el pensamiento de los demás médicos, de los buenos médicos, de su época. Hoy nos parece cosa fácil. Pero no fue, y aún, a veces, lo sigue siendo en nuestro tiempo, problema sencillo y admitido como razón fundamental: la observación del enfermo.

Aún en las mentes geniales no surgen las ideas por generación espontánea. Están influidas, que duda cabe, por su climax. No olvidemos que la observación del hombre enfermo más que la observación de la enfermedad, que es otra cosa, viene marcada y aliada a los revolucionarios aires de la Ilustración al rendir culto a la Naturaleza. Naturaleza enferma, en suma, puesta en manos de los médicos directores del saber de su siglo. Si queremos decir, la idea la acusó Laín Entralgo, que una cosa es la cultura en las altas mesetas de los sabios y otra la aplicación de los hallazgos, descubrimientos y enseñanzas puestas al nivel medio del médico medio. Hablamos del saber médico, por supuesto arrancado de las manos de los curanderos, barberos y sangradores, supersticiones y falsos milagros. Esto fue, y casi es, la vía falsa de la Medicina, aunque la Medicina o cualquier ciencia se base en los errores de otro tiempo.

Se va a desterrar la idea de la enfermedad como castigo divino o como maleficio. Se va a luchar contra el mal de ojo, los talismanes y los amuletos, por mucho que el hombre se aferre siempre al valor de lo sobrenatural en algo desconocido y protector donde cifra la incógnita de su futuro angustioso. Se luchó contra la superstición y contra los remedios mágicos.

Vamos a valorar, pues, la observación para que «el médico sea ministro de la Naturaleza», a defender, como Hipócrates ya asentó, que «para ser perfecto médico hay que ser discípulo de la Naturaleza».

De la observación del hombre enfermo va surgiendo la clínica del enfermo, sutil en el siglo XVIII, la valoración de la idiosincracia y constitución del individuo y la influencia del lugar y del clima, del agua y de la alimentación, ideas neohipocráticas.

Otra de las características que va derrumbando el siglo en su segunda mitad, es desterrar, por imposible, que el hombre vaya siendo ese hombre enciclopedista, ese «hombre universal». El médico, humanista siempre, se va a ir formando específica y concretamente en la anatomía, patología, semiología y terapéutica.

Y, a ese hombre que observa el médico del XVIII, ¿qué le hace a su organismo enfermar o conllevar la posibilidad de enfermar?

La vida procede, se decía en este siglo, de un «principio vital». Es la idea aristotélica de los seres dotados con alma.

¿Es el organismo humano pura máquina? El organismo es una máquina pero posee un principio vital que se llamaba «ánima» y la enfermedad es un debilitamiento de su función. Esto lo decía el llamado «Hipócrates inglés», Stahl, y cimenta así uno de los pilares del animismo en contra de los puros «organicistas», sólo el organismo, para ellos, estructura. No

sólo el organismo es física y química, sino que es, también, «alma», repite Stahl. El alma, ese antiguo concepto filosófico de «natura», «archaeus», «pneuma».

El otro pilar de esta idea es el concepto del «vitalismo», con su creador Barthez. Ni alma, ni cuerpo, sino un «principio vital». El «principio vital» es la causa de los fenómenos de la vida en el cuerpo humano. El «principio vital» será para Barthez, el «impetum faciens», de Hipócrates.

Y para Hoffman, ni el cuerpo ni el alma, algo más sutil: el «tono». El exceso de tono daría lugar a las enfermedades agudas o espasmos; el descenso del tono o atonía, a la enfermedad crónica. También se pensaba en el «ánima», como en algo extraño al organismo.

Hoy pensamos nosotros, en las entonces graves disquisiciones del XVIII una idea sobrenada de modo interesante: no se desechó la influencia ni el aspecto psíquico de la enfermedad, es decir, la influencia de la «psyche» sobre el cuerpo.

Y nos interesa mucho otro concepto acerca del hombre en el siglo XVIII. No está el hombre aislado. No solamente influido por sus circunstancias del lugar, clima, alimentación, etc., sino que el hombre, (es un nuevo e importante concepto de la época), vive en sociedad.

No olvidemos que en el siglo XVIII parece el maquinismo, la burguesía industrial y los grandes cambios sociales, económicos y políticos. Aparece, también, el carácter e impronta de muchas Sociedades, la filantropía.

Así, la Medicina de este siglo, observándola en su generalidad, la Medicina de la Ilustración, al igual que ésta, va a interesarse por todas las clases sociales, por la vejez y por la infancia. En el «Enilío» se defiende la higiene infantil y la lactancia materna. La Medicina se preocupó por el elevado índice de mortalidad en los niños, creando la pediatría y los hospitales para niños enfermos y pobres. El que quiera salvar a los niños tiene que salvar a las madres, aunque éstas no esten casadas, creándose las Maternidades con sus salas de partos y escuela para comadronas, e incluso instituciones para hijos de madres trabajadoras. Se aceptó la idea de la herencia de las enfermedades a través de los genes, como decía nuestro Delgado asegurando que las enfermedades «están en el embrión al igual que los dientes en potencia». Se desterró el concepto de que el enfermo mental fuera incurable, quitándoles las cadenas con que se les sujetaban a los muros de las mazmorras hospitalarias y borrando el concepto de ser seres insociables cuando no endemoniados. Se inició y se propagó la lucha contra el alcoholismo, se enseñó a leer a los ciegos y a hablar a los sordomudos. Se hizo ver el interés por las enfermedades laborales en este siglo caracterizado por el maquinismo y por la industria,

distanciando los límites entre la herramienta y la máquina de la gran fábrica que el pueblo vió como un monstruo que iba a desposeerle de sus medios de existencia. Se preocuparon por las enfermedades y recuperación de los soldados y marinos afectos de graves enfermedades en las batallas y largas travesías. En la batalla de Dettingen se acordó, por idea de Pringle, que los hospitales de ambas zonas fueran considerados neutrales, anticipándose a la idea de la Cruz Roja internacional. Lind defendió las condiciones higiénicas de la marina de guerra y el zumo de limón venció el escorbuto. A lo largo del Sena, y casi al mismo tiempo en nuestro Guadalquivir, se instalaron estaciones de salvamento para la recuperación de ahogados. Se luchó contra la morbilidad de los presos favoreciendo la higiene de las cárceles con el aireador de Juan Pringle y el molino de Esteban Hales, instalado también en nuestras cárceles. Fue obligado el reconocimiento del reo antes del tormento, legislado esto en nuestra patria por los Reglamentos de Policía y Ordenes Reales del 3 y 30 de Abril de 1.745, 25 de Julio de 1.751 y 7 de Febrero de 1.765, tormento que se prohibió fuese aplicado a las embarazadas y a las recién paridas. Se mostró interés en la higiene basada en la iluminación, ventilación, pureza en la traida y abastecimiento de aguas, alcantarillado, comidas, venta de alimentos en lugares públicos, así como en la instalación de los mataderos. «La miseria es la madre de la enfermedad», dijo Frank, quien luchó más por valorar la influencia del clima, por la influencia del cambio social.

En esta revolución y evolución social de la Medicina se vió entonces cómo la salud podía ser gobernada y legislada apareciendo en Inglaterra, incluso, una especie de nuestro hoy Seguro de Enfermedad. Se manejaron las estadísticas y se valoró la epidemiología. La educación médica se completó por medio de la impresión de folletos, de las Memorias de las Academias y de publicaciones periódicas.

La *prevención de las enfermedades* llegó a su punto culminante, no por menos debatido, con la aparición de la *inoculación* de la viruela, aunque tuviera sus antecedentes populares en otros países (Turquía, Persia, Egipto, China) y en nuestro país (Galicia). Repercutió en el campo legal y hasta en el moral. Inoculación que hizo exclamar, incluso a nuestro Andrés Piquer: «¿por qué el hombre se va a procurar males presentes con el fin de apartar de sí otros males que es incierto que le vengan?» Inoculación que no se aceptó plenamente hasta el final del siglo.

La *electricidad* se introdujo en el campo de la Medicina creando, con los descubrimientos de Galvani y de Volta, la electroterapia, puestas todas las esperanzas en la curación, por la máquina eléctrica, de las perlesías o hemiplejías, terapéutica abandonada en nuestra patria después de una encuesta sería al país a través de la Academia de Medicina de Sevilla. Esta electrización que auguró tan buenos resultados curativos y que se hacía, bien por comunicación directa, por el baño eléctrico o por el golpe o

conmoción eléctrica a un sujeto o varios cogidos de la mano. Para muchos fue sólo esta electrización un simple juego cuando no una distracción social muy en boga en esta época.

Iniciado por la obra de Mesmer en el último cuarto del siglo XVIII, apareció el concepto del *magnetismo animal*, fenómeno magnético emitido por los animales y por el hombre. El fluido magnético entró, también, a formar parte de la terapéutica aplicada directamente a los enfermos o por medio del baquet o cubeta magnética y unas varillas que asían las manos del enfermo hasta provocar la crisis mesmérica, más histérica que real, suponemos. La clase médica reaccionó y dos comisiones, una de la Facultad de Medicina de París y otra de la Academia de Ciencias, emitieron, en 1.784, su negativo informe que hizo caer en declive el valor terapéutico del magnetismo.

Paralelo valor tuvo el fluido del *imán* para resolver las enfermedades, magnetismo del imán distinto al magnetismo animal. Se aplicó, principalmente, su efecto, a los cuadros dolorosos y actuaba, se decía, la piedra imán, o el mondadientes imantado «por eretismo y crispatura de los sólidos».

Y estas ideas del siglo XVIII, de la Ilustración, con la revolución social, industrial, filosófica, ¿cómo llegaron a la Medicina? ¿Cómo llegó al conocimiento del médico práctico? ¿Cómo acaparó el médico en su quehacer diario todos estos nuevos conocimientos? Una cosa son los hombres que manejan, sugieren e inventan lo «nuevo» y otra cosa es que llegue lo «nuevo» al médico práctico, inquieto en su saber.

Hay que aceptar que el escalón fundamental del médico para adquirir los conocimientos propios de su Facultad fue la *Universidad*. También se señaló el XVIII como siglo de revolución en la Universidad. No hay que olvidar que en esta centuria proliferaron los hospitales y de ahí se encauzó, para un mejor, la enseñanza de la Medicina. Hay que anticipar, como dice M.S. Anderson en su «Europa en el siglo XVIII» que, en Medicina, una elevada proporción de los descubrimientos más importantes se debieron a hombres que no tuvieron relación directa con las universidades; por ejemplo, los trabajos de Reaumur y de Spallanzani sobre la digestión, o los estudios más conocidos sobre la respiración realizados por Priestley y por Lavoisier.

Junto a escuelas médicas de excepción, escasas por su número, la Universidad adoleció de la enseñanza práctica y bien enfocada, diríamos hoy, al sello y al estilo de los conocimientos que se iniciaban en su tiempo. Fue un mal, casi, general. No menos en nuestra patria donde la enseñanza de la Medicina se perdía en un dogmatismo hipocrático y galénico, en especulaciones teológicas y seudoteológicas, seudofilosóficas, apren-

diendo de memoria sin experiencia clínica en las cuatro cátedras, de prima, de víaperas, de método y de anatomía, durante los cuatro cursos, el último sólo de ocho días, el «cursete», donde se obtenía el título de bachiller. Dos años más de prácticas, certificados por un médico, revalidaban al profesional. Si «lograba la fortuna de obtener la aprobación corría libre facultad de hacer estragos por toda la península». Fue idea de Jovellanos la reforma universitaria, extremo en el que no podemos extendernos, junto con el pensamiento de Cándido M^a Trigueros de «que se aprenda en adelante a enseñar a curar y no a disputar». No en balde clamó nuestro Feijoo, incluso, que «los médicos debían olvidar lo oído y aprendido en las aulas». Jovellanos pensó aunar los esfuerzos de la Universidad con los de las Academias, enseñando aquéllas elementos y principios, y éstas como complemento de los estudios médicos, tocando con la mano, casi, la enseñanza de post-graduados y de los centros especializados.

¿En qué se basaba la evolución de los conocimientos médicos que hicieron avanzar, en su posterior práctica en beneficio del hombre enfermo, esta rama del saber?

El conocimiento de la *Anatomía*, ésta estudiada en función del órgano, fue pieza fundamental en la formación médica. A pesar de la dificultad en obtener los cuerpos de los cadáveres, del negocio macabro de los enterradores, de la indignación del pueblo por estas prácticas, y, más tarde, el recreo de las anatomías públicas practicadas en los anfiteatros a la vista del público, la anatomía se encauzó por firmes y seguros derroteros. Los nombres de Morgagni, Fontana, Scarpa, Haller, Winslow, Vic D'Azyr, los Monro, padre e hijo, y los hermanos Hurter, por citar algunos nombres esclarecidos, dieron buena prueba de ello en sus libros, descripciones y hallazgos. En nuestro país, los nombres de Pedro Virgili, Antonio Gimbernat, Canivell, Martín Martínez, Francisco Puig, y al final del siglo Jaime Bonells e Ignacio Lacabá.

Si la anatomía, en este siglo, es eminentemente funcional, al concepto de hombre máquina, en boga durante la centuria, hay que sumarle, a dicha anatomía funcional, la *Fisiología*. Con razón se ha dicho que Albrecht von Haller llena él solo toda la fisiología del XVIII. Los nombres de Galvani y de Volta describiendo la electricidad animal; Spallanzani, con el fenómeno de la respiración; Stephen Hales, con la circulación de la sangre; Cavendish, con los estudios de la composición química del aire; Pristley, descubridor del oxígeno puro, y Lavoisier, con las experiencias acerca de la respiración y transpiración del hombre y de los animales dando lugar al mejor conocimiento de los procesos gaseosos, su química, los fenómenos de combustión y oxidación y hematosis respiratoria haciendo perder fuerza a la clásica teoría del «flogisto». Reaumur, a quien se llamó el Plinio del siglo XVIII, observó la digestión en las aves demostrando ser un proceso químico junto al creído puramente mecánico, prosi-

guiendo Spallanzani los estudios sobre el jugo gástrico. De la sangre se estudió su morfología y química así como el fenómeno de la mecánica circulatoria.

El «*omne vivum ex vivo*» dió lugar a una mejor comprensión de los fenómenos de la generación, generación que se admitió por el contacto de una célula masculina y otra femenina.

La teoría de la irratibilidad muscular fue uno de los temas más discutidos dentro de la filología del XVIII, así como toda la doctrina del acto reflejo, preconizado el término por Descartes.

El descubrimiento del microscopio por Leeuwenhok dió lugar al estudio de los seres diminutos y a un mejor análisis de los tejidos, apareciendo, con su creador Morgagni, la anatomía patológica, enriqueciendo, a su vez, la clínica y la patología, durante este siglo.

La *Cirugía* avanzó sobre los pilares a firmes trazados por Cheselden, Percivall Pott, Pringle, Douglas, Smellie, los hermanos Hunter con su escuela privada, Monro, Cowper, Petit, Scarpa, Heister.

La cirugía va ganando terreno a la mortalidad y al sufrimiento, haciendo, además, desaparecer a los barberos—cirujanos después de acaloradas disputas. No nos extraña, pues, que en Friburgo, cuando von Wulthwer dijo que había que unificar la Cirugía y la Medicina no lo comprendieron.

En España florecieron con serio auge los Reales Colegios de Cirugía de Cádiz y Barcelona, prestigiados con los nombres de Virgili, Gimbernat y Mariano Rivas. Digamos, con Ferrer, para honra de ellos, que los cirujanos del Real Colegio de Cirugía de Cádiz reservaban el uno por ciento de sus sueldos para compra de instrumentos de Física y de Cirugía traídos desde Holanda. EL pecado fue la creación de cirujanos muy anatomistas, con muchas técnicas «más para ser dichas que para ser hechas».

En el siglo XVIII la *Terapéutica* se enriqueció con el mejor conocimiento de la botánica, en general, y de las plantas medicinales venidas de América haciendo caer viejas teorías de la influencia de las plantas, según su color o forma, en la curación de la enfermedad. Va decayendo el éxito de las panaceas, como el mercurio y el antimonio. Aparece la pugna entre grandes dosis, incluso «heroicas», y las pequeñas dosis, la homeopatía, en contra de la medicina tradicional la alopátia. EL valor de la homeopatía de Hahnemann se cifraba en que muchas de las medicinas y sus dosis empleadas hasta ahora no curaban al paciente sino que, incluso, le dañaban. El «*similia similibus curantur*», el usar un remedio y no dos, y la segunda dosis cuando ha terminado de actuar la primera, cayó por su peso y fue



abandonada. Con razón ha dicho Laín Entralgo que la ciencia médica puede purificarse a sí misma de sus propios errores.

Aparece el valor del pulso, estudiado por Floyer, dando lugar en nuestro país a una buena escuela de médicos pulsistas encabezada por el antequerano Francisco Solano de Luque.

El termómetro, ideado por Curris, es arma valiosa para el estudio de las fiebres y de sus crisis.

Todo este panorama científico de la medicina del siglo XVIII tiene un contrapunto, un aval muy de la época y que por su importancia no podemos pasar por alto. La Universidad, salvo excepciones, poseyó un nivel científico bajo y unos sistemas de enseñanza mal encauzados para la práctica de la Medicina.

Pero he ahí que se crean unas instituciones extrauniversitarias, el College Royal, la Societé Royale de Médecine, l'Académie Royale de Chirurgie, de París, la Royal Society, de Londres, la Academia de Medicina, de Estocolmo, la Real Academia Quirúrgica Portuense, etc. Aparecen, pues, las *Academias*, organismos fundamentales en este siglo.

Las más destacadas figuras del saber médico y de las ciencias, en general, discuten, exponen, publican a través de las Academias. El académico, podemos decir hoy, era un inconformista.

Nuestro país, dañado por el aislamiento sufrido desde la segunda mitad del XVI hasta finales del XVII, no se incorporó a las corrientes europeas hasta el siglo XVIII.

Hay que reconocer que este aire ilustrado y renovador le vino a España con el advenimiento de los Borbones, aunque antes existieran unas «tertulias», antecedentes de las futuras academias españolas. En España, dice Marañón, es indudable que este espíritu analizador del siglo XVIII penetró en los hombres eminentes y en las minorías aristocráticas con la entrada de los Borbones.

Como sevillano no puedo menos que mencionar la creación en Sevilla, el 25 de Mayo de 1.700, agonizando el último Austria, de la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias. Institución antecesora de la actual Academia de Medicina y Cirugía, de Sevilla, matriz de cuentas se crearon en nuestra patria, entre ellas la Regia Academia Médica Matritense, la Sociedad Médica Quirúrgica de la Real Congregación de Ntra. Sra. de la Esperanza, el Real Colegio de Cirujanos de Madrid, la Academia Médico Práctica de Barcelona, la Sociedad Médica de San Rafael, de Cádiz, etc.

Marañón la llamó «el milagro de Sevilla». Y siempre se ha dicho el milagro pero no el santo. En un extenso libro hemos publicado la creación y evolución de la Regia Sociedad sevillana durante toda la centuria del XVIII.

En sus legajos, muy directamente estudiados por nosotros, duerme la medicina ilustrada, medicina muy paralela a la de las demás academias europeas y a todo el pensamiento médico del siglo. Tuvo como mérito sacudir una indolencia decadente y abrir las ventanas de par en par, o en la amplitud que dejaban las circunstancias. España lo hizo y definitivamente Sevilla en el siglo XVIII. Tuvo su encono con la clásica Universidad que veía derogados sus privilegios, y pleitos entre los llamados médicos «galénicos», universitarios, y los médicos «revalidados» o extrauniversitarios.

En sus principios, por ir la Regia Sociedad en contra de la doctrina clásica hipocrática—galénica, fueron sus socios tildados de cismáticos y herejes, aunque Carlos II, en la aprobación de sus primeros Estatutos, aceptó la espagírica, considerada, por algunos, como ciencia diabólica. El santo del «milagro» fue Juan Muñoz y Peralta, al que llamaban el «nuevo Aquiles», creador y primer Presidente de la Sociedad. Los Borbones, con su primer Médico José Cervi, protegieron y concedieron amplios privilegios a la Regia Sociedad.

La labor fue innumerable, estudiando los nuevos medicamentos, la lucha contra las epidemias el análisis de las aguas, alimentos y terrenos, la celebración de las «anatomías» públicas con valiosos profesores o socios anatómicos (Florencio Kellis, Blas Beaumont, Guillermo Jacobe, Gaspar de Pellicar), la creación de cursos de botánica, los experimentos espagíricos, los cursos de operaciones quirúrgicas y de osteología, los experimentos de física con la máquina neumática, con la máquina eléctrica y su aplicación al hombre enfermo, los estudios al microscopio, el saneamiento y aireación de cuarteles y de cárceles, de fábricas con industrias nocivas, la defensa de la inoculación de la viruela, el estudio de terrenos para la instalación de cementerios, etc. Gran parte de estos trabajos fueron publicados en los diez tomos de Memorias impresos durante el siglo XVIII. A ella pertenecieron los más plecaros médicos, científicos y pensadores de la época, Martín Martínez, Feijoo, Gaspar de Pellicer, Francisco Suárez de Ribera, Francisco Solano de Luque, Andrés Piquer, Pedro Virgili, Gaspar Casal, Antonio Gimbernat, etc.

Hemos querido terminar esta visión panorámica y rápida, visión de conjunto, de la Medicina del siglo XVIII, honrando, desde mi patria chica, Sevilla, el recuerdo de una institución matriz que luchó denodadamente en beneficio del saber y del prójimo. EL saber, meta hacia adelante, evolución siempre, nunca alcanzada por el hombre. En el poema más popular del siglo, (lo cita M. S. Anderson), «Essay of man», de Pope, del que se ha dicho que es un monumento a la idea, declara «que hay alguna especie de orden objetivo más allá del hombre y aquél que no lo obedece, renuncia a lo mejor de su yo».

